

Ciencias lingüísticas (Las)

Carlos Iglesias Fueyo

Universidad de Oviedo

El término Lingüística parece poder resquebrajar con su mera pronunciación el hiato existente entre dos culturas. Es una disciplina que siendo humanística emplea sin embargo toda una serie de métodos de las llamadas ciencias duras y que por otra parte ha logrado alcanzar en alguno de sus niveles de análisis unos resultados explicativos bastante convincentes incluso para el epistemólogo más purista. Ésta su ejemplaridad analítica la ha llevado a desempeñar un poco el papel de reina entre sus parientes las ciencias humanísticas. L. Strauss, en su Antropología estructural ya abogaba para que la fonología desempeñara entre las ciencias sociales el mismo papel renovador que la física nuclear había desempeñado en el conjunto de las ciencias exactas»

Y así ha sido en cierto tipo modo pues su influencia se ha dejado sentir de forma decisiva en el campo de las ciencias humanas.

Intentaremos ver, de manera sucinta los núcleos más importantes los puntos claves teóricos entorno a los cuales los problemas lingüísticos toman una inflexión que puede ser considerada como científica.

Histórica y metodológicamente Saussure puede ser considerado como el punto de arranque de esta inflexión. Él constituye, en principio, el punto de convergencia de todo un haz de estudios lingüísticos previos, llevados a cabo durante el siglo XIX: Las Escuelas comparatística, histórica, y la Romanística (R. Rask, J. Grimm, F. Bopp, B. Terracini, W. Meyer-Lübke, H. Paul, y un largo etcétera constituyen alguno de los nombres más representativos de estas

escuelas), aunque sea difícil establecer una separación entre estas escuelas, y lo normal sea que tales tendencias coincidan en un mismo individuo, habían proporcionado ya un abundante cúmulo de datos filológicos que había hecho posible establecer toda una serie de «correspondencias», principalmente entre hechos fonéticos. La Ley de Grimm (formulada con anterioridad por Rask) puede ser un ejemplo paradigmático de cómo, a través de una copiosa compilación de correspondencias fonéticas, se llega a formular una Ley lingüística, que permitía deducir todo un proceso histórico: distinción del grupo germánico del resto de los dialectos indoeuropeos.

Saussure recogerá toda esta serie de estudios, imprimiéndoles un giro teórico que marca toda la Lingüística de este siglo (habría que tener en cuenta también la similitud de planteamientos semejantes, por ejemplo, - en Rusia, llevados a cabo por J.I. Baudouin, de Courtenay). A sus veintinueve años, Saussure publica su «Mémoire (1872), en la que ya se perfila con nitidez su revolucionario método: al postular, un sonido inexistente, hasta entonces, el fonema laringal *A, que Saussure postula como, una- unidad puramente algebraica, lo que él, más tarde llamará «una entidad opositiva, relativa y negativa». Tal entidad venía definida, sólo, en función de su relación opositiva respecto a los demás elementos del sistema. El «sistema» vendrá definido, pues, por «oposición», por las relaciones, que mantienen sus elementos. El valor de las piezas, de una lengua reside en las relaciones que se establecen entre ellas, y no en cualquier otro tipo de valor que puedan tener. Para Saussure el lenguaje es como un juego de ajedrez: «[...] así como el juego de ajedrez está todo entero en la combinación de las diferentes piezas, así también la lengua tiene el carácter, de un sistema basado completamente en la oposición de sus unidades concretas».

Esta «estrategia relacional» constituye el pivote sobre el que gira todo el entramado teórico-lingüístico de Saussure. Su, mal llamada, «manía dicotómica» hunde sus raíces en esta idea de signo relaciona, en virtud de la cual Saussure establece sus oposiciones lingüísticas.

La primera oposición que realiza Saussure es entre semiología / lenguaje; éste es un sistema especial de signos en el conjunto del resto de los sistemas simbólicos; la Semiología tendrá como función estudiar el conjunto de estos sistemas simbólicos sociales.

La unidad base de este sistema semiótico, que es el lenguaje, se resuelve en el signo; y el carácter lingüístico de éste estará basado en un nuevo desdoblamiento: significante (que es la imagen acústica) / significado (que es el concepto, la clase de entidad lingüística que remite y suelda el lenguaje con la realidad).

La unión entre las dos caras del signo nos viene dada por la arbitrariedad, concepto que posibilita la pertinencia relacional y opositiva, y la conexión estrictamente lingüística entre el significante y el significado.

La unión entre significante y significado reside en un nuevo desdoblamiento de ambos. En efecto, tanto uno como otro poseen dos caras: forma / substancia; y será, exclusivamente, la forma, como elemento con funciones diferenciales y relacionales, aquello que puede considerarse como un hecho lingüístico, en cuanto unidad que debe su existencia a su carácter distintivo, frente a otras unidades, dentro de un sistema lingüístico dado (sería secundario, por ejemplo, que la unidad «significante» pueda estar incardinada en otra substancia fónica, quedando de este modo las cuestiones del «aparato vocal» como extralingüísticas.

Pero entonces, ¿dónde se encuentra dicho «sistema»? De nuevo Saussure establece una dicotomía, que va a delimitar lo específico lingüístico: el lenguaje, tomado en su sentido más general, se opone a cada lenguaje en su sentido particular. Por otra parte estos lenguajes particulares, específicos, tendrán una doble

faz: la lengua (que constituye el sistema de unidades y reglas lingüísticas, opuestas lrelacionalmente en un sistema lingüístico concreto) y el habla (realización, concreta e individual, de cada hablante dentro de unos límites dados que permitan la comunicación interindividual y que, por supuesto, son muy cambiantes. El estudio científico del lenguaje radicará en la Lengua y no en el Habla, porque la lengua constituye una entidad ideal, un repertorio de posibilidades, a partir de la cual se puede establecer la producción recurrente de todas las unidades lingüísticas que un determinado hablante pueda producir y, por esto, es el repertorio abstracto que los usuarios de un lenguaje disponen para comunicarse entre sí, bien para producir signos, enunciados, etc., bien sea para interpretarlos.

Al ser el habla un producto cambiante, histórico por tanto, no podría tener un status sujeto a leyes científicas, y este hecho lleva a Saussure a establecer una oposición correlativa, a la última dicotomía, entre lenguahabla, que denominará diacronía (estudio de unas fase/s de la evolución de una lengua, en donde intervienen factores del «habla») y sincronía (descripción de un estado de lengua en un momento dado del eje temporal, y cortando con cualquier tipo de referencia a su evolución.

Otra de las dicotomías es la existente entre sintagmático (relación de las unidades lingüísticas en la linealidad del discurso) y paradigmático (relación de las entidades lingüísticas in absentia, entidades que se nos aparecen como unidades « enclasadas» a través de criterios de semejanza y que, teóricamente contienen el repertorio completo de una lengua dada).

La oposición, por último, entre «fonética» (que para Saussure es «el estudio de la evolución de los sonidos» y por tanto es una ciencia histórica que se mueve en el tiempo) y «fonología» (en la que se trata de estudiar, no sonidos aislados, sino sonidos combinados y que será «una ciencia que tome como punto de partida los grupos binarios y la secuencia de fonemas»; y por tanto «habrá que fundar una fonología donde los grupos sean considerados como ecuaciones algebraicas»). Este punto de vista sobre la fonología circunscribirá las posibilidades y fijará las relaciones constantes de los fonemas interdependientes; y esta apelación de Saussure a considerar los «grupos binarios» nos revela una intuición fundamental de los estudios lingüísticos posteriores, porque se puede considerar todo el aparato fonador como el «ejercicio» de un álgebra booleana, aunque no esté en modo alguno «representada» por los lingüistas.

Estas pinceladas, casi impresionantes, sobre la teoría de Saussure, nos permiten situarnos entre la problemática epistemológica y conceptual de la Ciencia Lingüística de este siglo. Autores, y escuelas lingüísticas posteriores, reconocerán, sin excepción alguna, la indudable paternidad saussuriana de sus teorías (aunque cuando se publicó el Curso de Saussure en 1916 no tuviera una gran aceptación entre los especialistas).

Es uno de los términos de la última dicotomía de Saussure, la Fonología, el que nos sirve como punto de arranque para analizar los puntos claves de la Lingüística. La Fonología se toma como paradigma a emular, en cualquier tipo de análisis lingüístico. Aunque la palabra fonología estuviera en curso ya desde 1846, será Saussure quien cambie y fije su sentido actual; pero no será hasta 1928 (en el Primer Congreso Internacional de Lingüistas, en la Haya) cuando se asiente un movimiento fonológico de cierta consideración: Trubetzkoy, Jakobson y Karcevsky, proponen el estudio fonológico como punto primordial, basándose en el estudio de las correlaciones fonológicas constituidas por «una serie de oposiciones binarias definidas por un principio común que puede pensarse independientemente de cada par de términos opuestos».

El Círculo de Praga pasaba, pues, a estudiar la «lógica interna» de los sistemas, es decir, la fonología. Quizá, como dice Buhler, refiriéndose a Trubetzkoy, éste había conseguido lo mismo que Mendeleiev, su compatriota, «el equivalente de la tabla para los átomos» (se refería Böhler, en concreto, a las vocales).

El fonema, para Trubetzkoy, será un concepto funcional, una unidad mínima, de una lengua determinada, que no se deja analizar en unidades más pequeñas y sucesivas; y éste, su carácter funcional, que permite definirlo de una forma científica, viene determinado porque forma parte, como mínimo, de una oposición fonológica, que se define como «oposición fónica de dos sonidos que en una lengua dada puede diferenciar significaciones intelectuales». Por otra parte Trubetzkoy pone a punto la «coninutación», método que va a permitir la identificación de los fonemas.

Jakobson, por su parte, y con sus geniales escarceos de aglutinar cualquier concepción teórica para la lingüística nos ofrecerá una matriz universal basada en doce oposiciones de rasgos fonéticos básicos: vocálico / no vocálico, compacto / difuso..., que pretendía ser una clasificación que sirviera como hipótesis de trabajo para «describir» los hechos fonológicos. (Jakobson, por otra parte, trasladó la fonología de la Escuela de Praga a los Estados Unidos en los años cuarenta, y allí la desarrolló más detenidamente: su libro *Preliminaires to Speech Analysis*, en colaboración con Fant y Halle -1952- y su *Fundamentals of Language*, en colaboración con Halle, son buena prueba de ello.)

Mientras tales estudios fonológicos se desarrollaban, la Escuela Danesa, con Hjelmslev a la cabeza, proponía el cambio de la fonología por la cenemática concebida como una « ciencia que trata de los fonemas exclusivamente como elementos de lengua» y éstos se definen en función de tres componentes: a) su expresión: que es la materialización de los mismos; b) su forma: que es lugar que ocupan en el sistema y c) su contenido: que será el papel que puedan desempeñar dentro de la economía gramatical de una lengua. Este nuevo proyecto de Hjelmslev trataba de desterrar, de forma drástica, la «substancia» de cualquier descripción lingüística. El «cenema», como sustituto del fonema, está vacío de todo contenido, en

este caso fónico: los sonidos son meras manifestantes de los cenemas, pues también pueden manifestarse bajo otro tipo de entidades. Este plano cenemático se completaría con la pleremática que estudiaría la «forma» del contenido. Ambas, cenemática y pleremática, se englobarían en una disciplina más amplia: la glosemática.

En definitiva, y teniendo en cuenta que habría que contar con otros muchos autores que han aportado puntos de vista también básicos (como Martinet, Harris, Pike, etc.) podemos decir que la fonología se constituyó, sin lugar a dudas, como la ciencia fuerte de la lingüística, y fue la guía teórica para el resto de los estudios lingüísticos.

Con la fonología se había conseguido un campo autónomo de estudio, con una clase de términos que se cerraban sobre sí mismos, en el proceso del análisis lingüístico, permitiendo establecer una serie de conceptos (conmutación, etc.) que implantaban un campo científico de una estable, aunque relativa, autonomía científica. No es de extrañar, pues, que las categorías del análisis empleadas en la fonología se emplearan como modelos a emular en el resto de los estudios lingüísticos, y que en las llamadas ciencias humanas se usaran, a troche y moche, perdiendo, casi siempre, su virtualidad metodológica y analítica.

Los resultados obtenidos en el campo fonológico no tuvieron la misma correspondencia en el resto de los estratos del análisis lingüístico. Incluso la misma definición de sintaxis ha fluctuado en diversas direcciones, según haya sido tomada en un sentido «distribucionalista», «generativista», «funcionalista», etc. Las divergencias a la hora de analizar las regularidades de las frases parecen, en muchas ocasiones, insalvables, aunque esto no impide que se puedan delimitar ciertas líneas generales con puntos de intersección comunes.

El hecho más significativo y unificador de la Sintaxis, en sus diversas modalidades, podríamos situarlo en el siguiente proceso: la sintaxis tradicional se reducía, con exclusividad, a establecer toda una tipología de las «regularidades de frases», y éstas, en última instancia, se establecían a través de criterios semánticos. Al analizar, por ejemplo, las nociones de Verbo/ Nombre, éste se definía como una sustancia que posee...», con lo que quedaba la definición reducida a criterios extrasintácticos, es decir, semánticos; ahora bien, cuando se logra efectuar una desconexión con los criterios semánticos, las relaciones definitorias se resuelven en un campo de términos morfológicos: el verbo, por ejemplo, se define por su relación estructural en un sistema morfemático verbal: persona, aspecto, etc.; de esta manera alcanza una autonomía del campo sintáctico. Puede servir como ejemplo concreto un análisis de Hjelmslev: «[...] cada semantema de un sistema gramatical dado posee la capacidad de combinarse con los otros semantemas de la serie, pero exclusivamente por medió de ciertos morfemas dados; homme, por ejemplo, puede combinarse con un adjetivo mediante el procedimiento gramatical que se llama concordancia [...]».

El avance en el análisis sintáctico se sitúa no en el establecimiento de «construcciones» lineales de frases en un «buen orden», sino en las «funciones» que los elementos de un enunciado guardan entre sí. Quizás el primer ejemplo histórico de este análisis fue realizado por Tesnière (1933), que construye su «stemina» de forma que los elementos de las frases quedan conexiónados estructuralmente y su «valor» está en «función» de la posición que ocupan respecto al resto de elementos.

Podríamos situar las bases comunes, de los diferentes enfoques sintácticos, en los siguientes puntos:

Para el Estructuralismo el análisis debe:

- a) encontrar «unidades» (signos, morfemas, etc.).
- b) sus relaciones (sintagmáticas, asociativas, etc.).

Una vez realizadas estas dos operaciones quedan excluidos del análisis cualesquiera tipos de consideración laterales, diríamos semánticas. Para las variantes de la «Sintaxis Distribucionab», las partes del discurso nos vienen dadas por su rango de aparición, por su distribución, ya que la distribución se define como: «todas las palabras que podrían ocupar el mismo conjunto de posiciones, en las fórmulas de enunciados mínimos, deben pertenecer a la misma parte del discurso».

El otro modelo de análisis sintáctico, el de la «Gramática transformativa-generativa», formulado por Z. Harris (1950), y por su discípulo Chomsky, quien lo ha desarrollado y llevado a sus últimas consecuencias, se erige, a partir de la publicación de Syntactic Structures (1957), en uno de los paradigmas más representativos de la lingüística actual. Su teoría, con diversas implicaciones extralingüísticas (psicológicas, filosóficas, etc.), puede resumirse en los puntos siguientes: nada más nacer ya dispondríamos de un mecanismo innato el (LAD) «linguistic acquisition device» (que por supuesto nunca ha sido explicitado ni explicado), sujeto a un proceso de maduración neurobiológica; ambos componentes permitirían al niño la identificación de los mensajes de su medio. Esta tesis supone la existencia de unos universales sintácticos, en principio inscritos en el LAD, que se mostrarían en el análisis lingüístico al comprobar que se puede reducir la extensa variedad de estructuras superficiales, halladas en las diferentes lenguas, a un número muy restringido de Estructuras profundas (Categorías / Funciones / Reglas) que serían comunes para casi todas las lenguas existentes, teniendo en cuenta «que las gramáticas de las lenguas naturales no son sólo complejas y abstractas, sino también muy limitadas en su variedad».

El apuntalamiento de esta tesis puede revestir dos variantes justificativas: a) tales estructuras profundas universales serían una suerte de reflejo de realidades extra lingüísticas (y por tanto la Semántica sería el estrato más universal de las lenguas) y b) lo más universal sería el funcionamiento del paradigma

transformativo que discriminaría la uniformidad común a todas las lenguas y revelaría los «universales formales».

El tema más controvertido de la Sintaxis generativista ha sido el status de estas estructuras profundas. Se puede decir que tales entidades son una apoyatura teórica para introducir el concepto de competencia, que es un «saber intuitivo», una capacidad innata que nos permite tanto «generar» como comprender oraciones nuevas, y, por ende, discernir su gramaticalidad.

Este mecanismo tendría la función detransformar las estructuras profundas, no lingüísticas, en estructuras superficiales de una lengua dada. Tal competencia implica, a su vez, la existencia de un número finito de reglas que generan oraciones correctas e infinitas de una lengua (la perspectiva tecnológica de las computadoras está aquí claramente presente). La «performance», al contrario, sería la plasmación concreta de esa «competencia en enunciados».

La teoría generativista tuvo que imponerse, a través de los años, sobre su teoría rival más competente: la Lingüística estructural norteamericana que dominaba el panorama lingüístico de América en los años cincuenta; panorama que estaba imbuido por un optimismo exagerado en las virtualidades del análisis estructural, y que tenía unas apoyaturas extralingüísticas como lo eran los postulados del empirismo lógico (piénsese por ejemplo en la entusiasta contribución de Bloomfield a la Encyclopedia of Unified Science, con su artículo «Linguistic Aspects of Science»). La tesis principal de este estructuralismo era que se podía llevar a cabo un análisis exhaustivo de los hechos lingüísticos, tomando como punto de partida un corpus de locuciones, a partir del cual se construiría una gramática, mediante sucesivas segmentaciones y clasificaciones. Chomsky, con su *Morphophonemics in Modern Hebrew* (1951), sienta las bases de su teoría; en esta obra proponía ya, un conjunto explícito de reglas ordenadas, para la sintaxis y la fonología del hebreo moderno, que constituía el primer intento de utilizar los mecanismos de la lógica matemática, de la manera más económica, como parte de una gramática generativa. Con su *Syntactic Structures* (1957) amenaza, de forma definitiva, la hegemonía estructuralista, sólo hay que leer las palabras de Hockett: «teoría engendrada por una generación de víboras». En esta obra se proponía una gramática basada en un sistema de axiomas que pudiera generar un conjunto infinito de oraciones, con sus descripciones estructurales asociadas; y que podrá ser juzgada en función de su adecuación empírica para manejar los datos lingüísticos primarios, los juicios que los nativos puedan hacer sobre aspectos de su lengua. (Hay que tener en cuenta que Chomsky había trabajado a fondo en la teoría de las funciones recursivas, que le proporcionó el formalismo que necesitaba y la terminología, convertida para el uso lingüístico diario, en la que se incluyen términos como generar y derivación.) En 1959 publica su reseña contra Skinner que asienta un golpe definitivo a cualquier forma de conductismo. A partir de esta época el paradigma generativista va tomando más y más adeptos. En 1962, en el Noveno Congreso Internacional de Lingüistas, Chomsky se da a conocer internacionalmente con su artículo: «The Logical Basis of Linguistic Theory», y va formando un grupo que tendrá una gran financiación a través del MIT (cuyos trabajos versaban preferentemente sobre traducción automática: Lees, el Huxley de Chomsky, trabajó en un proyecto de traducción mecánica durante largo tiempo). En 1965, Chomsky publica su *Aspects of the Theory of Syntax*, en donde elimina las transformaciones generativas, en beneficio de la recursividad de las gramáticas de estructura sintagmática, permitiendo de este modo definir un nivel de estructura profunda. A partir de esta época, e incluso anteriormente -Katz y Fodor (1963)-, los problemas semánticos van a estar incorporados en la problemática lingüística; en S.S. (1957) los problemas semánticos habían sido separados, de forma drástica, de la sintaxis (hay que tener en cuenta que por esta época Chomsky estaba muy influenciado por los filósofos de Oxford y por su teoría del significado como uso). A partir de 1967 las estructuras profundas casi representaban el significado de la oración en todos sus casos. La semántica generativista tuvo su auge a partir de esta época; su tesis principal era que las piezas léxicas tienen su propia sintaxis interna que refleja la sintaxis del nivel oracional: Katz y Fodor sostenían que la «evaluación» de una teoría semántica atañía únicamente a los «indicadores», de aquí que su empeño fundamental fuera el de postular el mínimo de indicadores posibles en cada entrada del diccionario; dando por supuesto que tales indicadores son primitivos teóricos que no tienen una definición dependiente de una lengua: su ejemplo más característico quizá sea el análisis que han hecho de «bachelor». A finales de los años 60 los estudios semánticos florecieron como nunca. El análisis lingüístico tomó nuevos horizontes incluso dentro de los propios generativistas.

Citar, aunque sea brevemente, todos estos intentos sería demasiado largo. Por poner un ejemplo ilustrativo, citaremos el trabajo de McCawley, Bach y Lakoff que intentaron acercar la lógica y la semántica. Su descubrimiento era que las tres categorías, de cuya existencia estaban seguros los semantistas generativistas (oración, sintagma nominal y verbo), parecían corresponder, biunívocamente, a la proposición, argumento y predicado de la lógica (los conectores se incorporan en clases de predicados, así como los cuantificadores). En este modelo, el nivel de representación más profundo parecía tener una base «natural» independiente de cualquier lenguaje particular; esta hipótesis de «la base universal» se acercaba puntualmente a «Las Leyes del pensamiento» de Boole. En general se puede decir con Lakoff que: «hemos descubierto que no se pueden establecer con exactitud límites artificiales ni excluir del estudio del lenguaje cosas como el razonamiento humano, el contexto, la interacción social, la deixis, la borrosidad, el sarcasmo, los tipos de discurso, los fragmentos, la variación entre hablantes, etc. Cada vez que hemos establecido un

límite artificial hemos descubierto algún fenómeno que demuestra que hay que quitarlo... y no debería sorprendernos demasiado si el dominio del campo continúa expandiéndose».

Fenómenos que se habían resistido a un tratamiento gramatical estricto van siendo incorporados al análisis lingüístico; hechos pragmáticos, perceptuales, etc. son considerados, hoy día, como componentes que deben incluirse, necesariamente, en un análisis lingüístico. Sólo habría que mencionar, como ejemplo, los estudios de Chomsky y Lasnik (1977) sobre los «filtros superficiales», cuya hipótesis es que: «las consecuencias de la ordenación, obligatoriedad y dependencia contextual pueden captarse mediante filtros superficiales». Teoría que permite una mayor flexibilidad en las estrictas reglas que anteriormente imponía la sintaxis chomskyana a los hechos lingüísticos, y da pie para analizar hechos que hasta entonces quedaban excluidos automáticamente del análisis.

La lingüística chomskyana ha intentado ofrecer un modelo hipotético- deductivo, que dote a la lingüística de una teoría propia y rigurosa, de modo que se supere el estadio clasificatorio y acumulativo de datos de la lingüística estructural. El fin más eurístico de Chomsky es el haber intentado, por todos los medios, conseguir un modelo formalizado del funcionamiento interno de las lenguas naturales; pero este objetivo ha ido amalgamado, pertinazmente, con cuestiones epistemológicas, biológicas, etc., y es difícil, si no imposible, separar desde un punto de vista metodológico, aquellas partes que tienen una justificación teórica propia (justificación que repercute en los análisis sintácticos concretos) de aquellas que necesitan de un apoyo que puede considerarse, teórica y epistemológicamente, como extralingüístico.

En esta breve exposición que hemos hecho, veámos cómo uno de los problemas siempre pendiente, era el problema del «significado». Todos los estudios lingüísticos, de una u otra forma, se resistían a introducir el componente semántico como un componente más del análisis lingüístico. La Semántica, sin embargo, no ha dejado de ser cultivada en las distintas corrientes de la Lingüística (ya hemos visto cómo los generativistas la tuvieron que incluir en sus análisis). La resistencia fue, no obstante, muy grande; Bloomfield con estas palabras: «in all study language we must start from forms and not from meanings», parecía desterrar del análisis cualquier consideración que tuviera que apelar a criterios semánticos; y otro tanto hacía Harris con éstas: «Los métodos que hemos presentado ofrecen investigaciones distribucionales como alternativas a consideraciones de significado». No faltaron voces, durante esta época; que abogaran por la introducción del significado en la descripción lingüística, por ejemplo E.A. Nida en 1951 con su artículo: «A System for the Description of Semantic Elements», o J.B. Carroll en su *The Study of Language* (1953), y la amplia discusión que hace Pike en 1954 en su obra: *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*. Muy pocos más estudios de semántica lingüística se podrían citar en Estados Unidos, hasta época reciente (no se pueden considerar como tales los estudios de Osgood y Sebeok, por ejemplo, con su inocente « semantic differential», que más que medir significados mediría reacciones de oyentes ante tales significados).

Fuera de los Estados Unidos, la Semántica nunca fue olvidada y se llevaron a cabo estudios sobre aspectos totales o parciales de la semántica. Tales estudios empiezan con la «concepción del campo» de Trier y Weisgerber. Al concepto de «campo» llega Trier al intentar «exponer en su totalidad y desarrollo histórico el vocabulario alemán de la esfera conceptual del entendimiento»; para Trier «la articulación es la característica esencial más general y más profunda de toda lengua -Humboldt-. Para Trier «el significado de cada palabra depende del significado de sus vecinas conceptuales. Todas se unen en la tarea de introducir límites diferenciadores en el bloque del contenido inarticulado de la conciencia, de organizarlo y hacerlo inteligible conceptualmente». Trier considera que la propiedad fundamental que tienen los campos semánticos es de cubrir sin huecos, en cualquier momento de la lengua, una sección de la visión del mundo. El «champ associatif» de Bally trató de aportar nuevas ideas a la concepción del campo, su famoso análisis de «boeuf» trata de representar relaciones semánticas muy distintas, que exceden, en gran medida, lo puramente lingüístico y remiten a las cosas. Otro tipo de campo fue introducido por Guiraud definido como « el complejo de relaciones de formas y sentidos formado por un conjunto de palabras». Matoré, por su parte, con su «champ notionnel» establece una aportación central a la semántica estructural, que será apuntalada por los trabajos de Coseriu que ha ofrecido una teoría bastante detallada de lo que debe entenderse como un estudio científico del vocabulario; desarrollada, bajo diversas modalidades, por Pottier, Mounin, Baldinger, Greimas, etc.

Este último tipo de análisis enlaza, en gran medida, con los análisis semánticos llevados a cabo por Fodor y Katz, y constituye un punto de enlace entre los estudios semánticos europeos y de Estados Unidos; aunque el acercamiento entre ambos bloques de estudio se lleva a cabo con gran lentitud: sólo habría que ver que el voluminoso libro de Lyons sobre Semántica no se tiene en cuenta para nada, increíblemente, en gran parte de los estudios europeos sobre semántica.

A través de todos estos estudios se puede decir que existe una apertura de los estudios lingüísticos, que tratan de incorporar a tales estudios todo tipo de cuestiones que hasta hace bien poco, se consideraban tajantemente excluidos de la Lingüística.